

Capítulo I

*“La muerte es una vida vivida.
La vida es una muerte que viene”.*

JORGE LUIS BORGES

Mi vida cambió para siempre a las 11:14 h de la noche del día 10 de septiembre del año 2009. Un poco antes, a eso de las 8:00 h y a duras penas, logré que todos los presentes abandonasen el hospital y me dejaran solo con mi padre. Un joven doctor algo afeminado, vestido con la acostumbrada bata blanca desabotonada por completo, me había dado las instrucciones oportunas. La bomba de morfina señalaba el número cinco pero aún podía subir la dosis, poco a poco, hasta veinticinco. Se trataba en todo caso de los últimos peldaños de la vida del hombre que me dio la mía treinta y tantos años atrás.

Siento su muerte muy presente, si bien no recuerdo nada de la de mi madre, acaecida cuando yo contaba tres años. Parece como si la noche que relato hubiera fallecido con él todo mi mundo. Hijo único, mi padre y yo lo fuimos todo el uno para el otro; él era la familia completa que conocía. Los minutos pasaron lentos en un intento póstumo de alargar una especie de mutua agonía. Hoy, unos años después, aún revivo con cierta frecuencia aquellos instantes.

Los pómulos de Pablo se mostraban hundidos, su respiración era cada vez más lenta, más intensa y desacompañada al mismo tiempo. Se esforzaba una y otra vez por sorber un tiento más de aire, ya casi robado a una vida a punto de abandonarle para siempre. A cada vez, tiraba de la caja torácica hacia arriba pidiendo un poco más de tiempo; quizá unos

minutos más, tal vez unos segundos, unos instantes acaso. No puedo olvidar que aún entonces su postura en la cama buscaba el orden que siempre mostró en cuanto hizo. Recto, los ojos cerrados mirando al techo; las manos, una sobre otra con las palmas hacia abajo; los dedos entrelazados en signo premonitorio de una tarea que tocaba a su fin, el canto del cisne de una obra bien hecha.

Las enfermeras pasaban de cuando en cuando y decidían subir a cada tanto el nivel de prestaciones de la máquina que mantenía sedado y sin dolor a aquel cuerpo ya casi inerte. El doctor, de vuelta a intervalos de pocos minutos, pinzaba la piel que cubría la clavícula izquierda de mi padre para comprobar que, en efecto, no sentía nada. Mi misión era esperar y avisarles si se despertaba para acelerar el ascenso paulatino e inmisericorde de la cantidad de droga portadora de unos últimos instantes de paz camino del último estertor.

El ritmo de tecnología y pulmones, puestos de acuerdo, convirtieron la habitación en una especie de reloj que señalaba uno a uno los segundos. El silencio era tal que se me hacía insoportable.

—Esto se acaba hijo mío.

La cabeza del hombre que más he querido jamás, se giró levemente hacia mí, abrió los ojos, y pronunció esas breves palabras muy despacio, sereno, calmo. La sorpresa paralizó todos mis músculos de forma que no pude acudir a avisar a las enfermeras; no supe qué hacer. Creo, eso sí, que de forma instintiva posé mi mano derecha suavemente sobre la suya y le dije lo que me habían sugerido los profesionales de las puertas de la muerte a los que había consultado.

—Calma padre; todo está bien.

—Alonso, gracias por todo. Supe hace tiempo que estos serían mis últimos días. He hecho lo que he querido con mi vida; he sido feliz. Quédate tranquilo, ya pronto estaré con mamá. Siempre fuiste un buen muchacho; por eso estoy se-

guro de que serás un gran hombre. Cuando necesites algo, pídemelo; sólo se va mi cuerpo, pero tu madre y yo estaremos siempre contigo, ya lo sabes.

–Papá no hables más, estás cansado –dije con una voz tan trémula como mi alma, resquebrajada por un intenso dolor.

–Queda poco ya que decir. Gracias hijo, gracias, gracias por todo. Sé que estos días me has ocultado cosas, pero no te aflijas; lo has hecho por mi bien, estoy seguro. Lo dos sabíamos lo que ocurría; siempre nos comunicamos más allá de las palabras.

Éso fue lo último que nos dijimos y que hoy recuerdo de nuevo. Tal vez parezca un tanto frívolo por mi parte, pero en aquellos momentos en los que la enfermera subió la dosis de morfina para volver a dormir a mi padre, no deseé llorar; no estaba triste. Fijé la mirada en sus ojos cerrados mientras recordaba un pasaje de *El Indomable Will Hunting*. (En él, un espléndido Robin Williams, psicólogo en la película, habla sentado en el banco de un parque con Matt Damon, Will a la postre, un chico superdotado y muy rebelde, que creía que la respuesta a todos los enigmas podía hallarse en los libros). He visto la escena tantas veces que creo que podría transcribirla con cierta fidelidad.

Al verla por primera vez, sentí el mismo pavor que hoy al evocarla, exactamente el mismo terror que me atenazaba junto al cuerpo moribundo de mi padre postrado en aquella fría cama de hospital. Existen determinadas situaciones en la vida de las que no se puede saber nada hasta que no se experimentan y yo sentía miedo, mucho miedo, porque no había vivido nada. Podía opinar algo sobre arte, no mucho, pero jamás había visitado la Capilla Sixtina y no tenía ni idea de su magnitud, ni de cómo olía; no podía apreciar realmente lo que era querer a un amigo porque no había visto sufrir a ninguno tanto como para considerarme lo único que tenía

en el mundo; no podía sentir lo que era querer a una persona sencillamente porque nunca había mirado a una mujer y me había sentido vulnerable, no me había visto reflejado en sus ojos ni había pensado que ese otro ser ha nacido para estar conmigo.

Aquella noche viví por vez primera uno de esos momentos que conforman la madurez de cualquier ser humano, pero no ocurrió en absoluto como tenía pensado; tal vez por eso sentí tanto miedo. El lento traqueteo de la máquina, de pronto, se quedó solo. Creo que no me di cuenta de inmediato pero, transcurridos unos segundos, supe que mi padre había dejado de respirar para siempre.

Tomé de nuevo su mano y la apreté con fuerza. Era la mano que cada anocheada me había arropado al acostarme después de apagar el radiador de la habitación; era la mano que me llevaba al colegio, la que trabajaba para comprar mis libros, la del chófer que condujo tantas interminables jornadas para que yo pudiera ir a la universidad. La mano que ahora yacía para siempre y me dejaba solo en el mundo. Me di de pronto la vuelta y cogí una manta del típico armario de hospital para ponerla sobre lo que había sido mi padre. Aquella noche él tendría mucho frío; quizá me permitirían dejarla al día siguiente en el ataúd para que pudiera usarla las noches de invierno. Allá abajo, a oscuras, habría sin duda muy baja temperatura y yo no podría arroparle como él hacía conmigo.

No quería que aquello ocurriera, al menos que sucediera en ese momento de nuestra vida juntos, y maldije al Universo entero. A mis treinta y tantos años seguía siendo un cero a la izquierda y sentía mucho miedo de haber fracasado, de haberle fallado. No podía ser que se hubiera ido con el pesar de saber que su hijo no había logrado nada en la vida. No sabía de qué viviría a partir de entonces pero eso no me importaba nada, sólo quería volver a hablar con él para decirle cuánto lo sentía. Los médicos que tratan patologías termina-

les aconsejan que no se diga la verdad al enfermo; al menos a determinados hipocondríacos como mi padre. Sin embargo, cuando todo acabó, me surgió la duda de si había acertado haciéndoles caso a cambio de dejar muchas cosas en el tinte-ro, ya para siempre.

* * *

Me empeñé en estudiar arquitectura, quise hacer mil cursos, y aún hoy, no tengo oficio ni beneficio. Recuerdo el día en que mi padre me llevó muy de mañana a hacer los exámenes de selectividad. Podía haber ido en autobús como la mayoría de mis compañeros, pero eso mi padre no podía consentirlo; un pinchazo, un atasco, cualquier imprevisto...

–Podías haberme dejado ir con todos, siempre tengo que ser diferente –protesté.

–Hay algunas cosas en la vida que merecen su tiempo. No hay razón para correr, ni para arriesgarte a no llegar a la cita un día tan importante para ti. Sé que estás preparado; estos dos días serán un mero trámite, pero no hay que buscar motivos al nerviosismo –me respondió sereno mientras conducía con la suavidad acostumbrada.

–No es tan fácil, papá. Como no saque una nota alta, no podré entrar en arquitectura, y sabes que no quiero estudiar otra cosa. Tú, como no has ido a la universidad, no sabes de qué hablo.

–Ya estudias tú lo tuyo y lo mío, no me siento mal por ello, no te preocupes por mí –dijo él con suficiencia–. No se trata de la nota necesaria para hacer arquitectura, sino de por qué quieres elegir esa carrera. Hacer la pregunta adecuada es, con frecuencia, el mejor modo de hallar las respuestas que buscamos.

–No me vengas con estos rollos ahora, que es lo que me faltaba. Estoy a punto de jugármelo todo a una carta y tú con tus sermones... –le espeté sin muchos miramientos.

–Si escuchases un poco te darías cuenta de que sólo trato de mejorar esa ansiada nota. En esto de los edificios, nuestra época vive muy confundida, aunque no es la primera vez que ocurre en la Historia. Todos buscan hacer el rascacielos más alto, el diseño más extraño, la ubicación más inapropiada, y al final resulta que todos vivimos apretaditos en el menor espacio posible, como si así consiguiéramos comunicarnos mejor...

–Papá por favor, basta ya. Me has traído en coche para que estuviese tranquilo y la estás liando pero bien. Si quieres me bajo y no me presento. ¿Es lo que pretendes?

–El gran error del hombre de hoy –continuó él como si nada–, es que no considera que el ser humano debe ser la medida de todas las cosas, el motivo mayor de toda labor que se precie. Los griegos lo tuvieron muy claro durante siglos; jamás se ha vivido un tiempo de esplendor como aquél.

»Hijo mío, dentro de un rato, cuando te sientes, justo antes de comenzar la prueba, piensa en todas esas personas que, en tantos lugares del mundo, necesitan un hogar para vivir, trae a tu mente los ojos de cada niño que hoy aún no ha nacido y que vivirá en la casa que hagas para su familia. La nota que buscas vendrá por añadidura. Deja el esnobismo de los nuevos estilos arquitectónicos y el afán de construir un edificio unos cuantos centímetros más alto que no sé quien para otro momento, y verás qué bien te sale el examen.

Se hizo un gran silencio en el habitáculo del coche que nos transportaba con calma. No supe qué decir.

–¿Cómo sabes tú todas esas cosas del período helénico y lo del hombre como medida de todas las cosas?

–Los chóferes sabemos más cosas de lo que la gente se piensa, y eso que no hemos estudiado –me respondió mi pa-

dre mientras sonreía y me guiñaba un ojo golpeando mi muslo izquierdo con su mano derecha de forma repetida y suave.

* * *

Una enfermera entrada en años posó su mano en mi hombro, me ayudó a levantarme con delicadeza, y susurró de forma muy delicada que me situase a los pies de la cama mientras preparaba todo junto a otra compañera. Desde esa otra perspectiva, tuve una extraña sensación. El cuerpo de mi padre parecía distinto, era como si no contuviese a nadie; como si estuviese vacío. A la derecha desde mi posición, sobre la mesilla alta y estrecha del cuarto, reposaba medio escondido el librito que me habían sugerido en los últimos días titulado *La muerte, un amanecer*.

Recordé un pasaje en el que su autora, una afamada doctora experta en el estudio de las denominadas ECMs (experiencias en el umbral de la muerte), afirma con rotundidad su certeza de que cuando una persona muere, es capaz de ver todo cuanto ocurre en el lugar en el que fallece mientras se transforma como una mariposa que abandona el capullo tras dejar de ser oruga. Miré hacia arriba, unos metros sobre mí, pero no vi nada, nada en absoluto.

Mi padre fue, durante muchos años, el chófer del presidente de una gran organización con más de una veintena de centros hospitalarios en varias ciudades, nacida a partir de un primer edificio en el que hoy moría, y en el que yo también había nacido en prenda del cruel ciclo de vida y muerte que nos tiene presos. Conocía a gran parte del personal auxiliar y a los doctores más veteranos; también a la enfermera que me acompañaba.

–Debes ir a casa a descansar, Alonso. Ahora se llevarán a tu padre. Dentro de un rato te visitará alguien de la funeraria para ayudarte con todos los trámites y luego ya no tendrás nada que hacer aquí hasta mañana por la mañana. El tanatorio abre a las 9:00 h.

–No quiero ir a casa, no puedo, se me va a caer encima. Tampoco quiero avisar a nadie hasta mañana aunque, si puede ser, me gustaría que nos hicieras un último favor a los dos. ¿Puedo quedarme en el sofá de la sala del tanatorio que nos toque? Es la última noche que pasaremos juntos, te prometo ser discreto.

–Yo por tu padre haría lo que fuera, Alonso. Era muy querido, lo estamos pasando todos muy mal estos días. ¡Qué serenidad! ¡Cómo nos ha animado él a nosotros! En los centros nuevos ya nadie se conoce como antes. Para ellos ha fallecido el chófer del presidente, pero a nosotros se nos ha ido Pablo, nuestro Pablo. Ahora le digo a Luis que baje a abrirte. Coge una manta y tumbate en el sofá, allí hace mucho frío. Cuando preparen a tu padre le bajaremos a la salita, al otro lado del cristal, para que puedas verle.

Los sótanos de los hospitales son tan lúgubres como se piensa. Bajé en ascensor y recorrí despacio un largo pasillo, y luego otro más a la derecha. Recuerdo, como si fuera hoy, la macilenta luz blanca que los tubos de neón descolgaban sobre las paredes verde claro y un suelo de azulejos grandes de tonos grises diferenciados según los años de reposición. Al fondo, una puerta abierta esperaba junto a Luis la llegada de los pasos que me trasladaban a la sala número dos.

–¡Lo siento mucho, majo! –Un fuerte abrazo nos mantuvo unidos un buen rato, tal vez recordando otro tiempo en aquel mismo lugar.

–Gracias Luis. –Poco más pude decir, todo aquello era muy duro, mucho más de lo creía poder soportar.

–Pasa y abrígate bien. Si quieres algo, ya sabes; acabo de empezar la guardia. Estoy por aquí hasta las ocho. Te he traído un café con algo por si acaso.

Sentado en un sofá grande y viejo color burdeos, me quedé frente a un enorme cristal tras el que unas gruesas cortinas de terciopelo aguardaban una nueva función del *Teatro de la despedida*. Ante mí, una mesa centro de caoba muy sencilla, ocupada por una bandeja, el café en vaso de plástico del que aún salía humo y un par de bizcochos. A la izquierda, un poco más adelante, dos trípodes vacíos, excesivamente inclinados hacia atrás de tanta corona recibida, me miraban indiscretos, como charlando entre ellos. En el otro lado, un crucifijo negro del que colgaba un rosario demasiado grande, completaba un escenario un tanto lúgubre, más de lo que mi padre y yo necesitábamos aquella última noche desde luego.

No sé cuánto tiempo pasó hasta que el sonido de unas ruedas procedentes del pasillo llamó mi atención. A los pocos instantes oí abrirse una puerta muy cerca de mí y a dos hombres que hablaban en voz alta para facilitar la maniobra de aparcamiento del cuerpo del chófer que ya no les daba indicaciones para no rozar el vehículo en que se había convertido él mismo. Cada sonido era grave, hueco, serio, capaz de herir al más pintado.

–¿Quieres que descorramos las cortinas? –dijo Luis mientras abría la puerta de mi habitáculo.

–No es necesario, muchas gracias. Bastante tabarra le vamos a dar mañana al pobre. ¿Puedo pedirte un par de favores?

–Pues claro hombre, dime lo que necesitas. Seguro que algo se podrá hacer.

Me levanté despacio mientras introducía la mano izquierda en el bolsillo de atrás de los pantalones, lugar en el que llevaba siempre una cartera de piel marrón oscuro arqueada por el uso y la desaconsejable ubicación; un lugar que

nunca gustó a mi padre por el riesgo de robo que suponía estar tan a descuido.

–Toma Luis, esta foto se la hizo hace tan sólo unos meses. Parece mentira... –dije mientras miraba un rostro que se mostraba lleno de vida, a pesar de esconder ya el maldito mesotelioma que le sacaría de su cuerpo tan rápidamente.

–¿Sigue existiendo la imprenta para uso corriente del hospital?

–Sí, Alonso; ¿qué te hace falta?

–Me gustaría que mañana todos vieran por última vez el rostro de mi padre tal como fue, y no metido ahí, acicalado para la ocasión. ¿Podrías llevarte esta foto, agrandarla lo que se pueda, y traerla impresa para ponerla en uno de esos trípodes? Si además se puede escribir un sencillo “gracias” debajo... Eso es lo que quiero –le dije a la vez que el primer sollozo hondo brotaba de mi pecho a borbotones.

Bajé la cabeza con vergüenza. Lo que se suponía un hombre “hecho y derecho” no debía llorar. Tal vez en el fondo se tratase de ofrecer una especie de homenaje póstumo a ése que me decía de niño que había que ser fuerte y que él siempre me protegería para que pudiera serlo. Una vez más no era capaz de cumplir lo que se esperaba de mí.

–Eso te viene bien, Alonso; llora todo lo que quieras. –La ruda mano de aquel hombre me dio tres suaves cachetes como antesala del ligero raspón dibujado en la mejilla por el curtido pulgar que apartaba una lágrima obstinada en no caer del todo.

–Te dejo solo, a veces es lo que más conviene.

La dramática parafernalia instituida en culturas como la nuestra en torno al sepelio de aquellos más queridos es, a decir de algunos, de mucha ayuda para familiares y amigos. A mí, sin embargo, me produjo tedio y temor. Un día entero saludando a personas, muchas de ellas desconocidas, que se acercarían con la mejor intención y contarían anécdotas vivi-

das con mi padre en loor de su extinto ser y, cómo no, en alabanza del coprotagonista –y del narrador al mismo tiempo–. Los otros llegarían, nos abrazaríamos y lloraríamos juntos en espera de los días venideros, en los que tanta soledad deven-drá, a buen seguro, insoportable.

No sabía cuánto tiempo había transcurrido. En los primeros instantes, ni siquiera di con el lugar en que me encontraba. La luz se había quedado encendida toda la noche, pero debí haber caído rendido en algún momento, a pesar de haberme propuesto velarle despierto como humilde homenaje en absoluto suficiente para compensar una enorme deuda.

Unos nudillos al otro lado de la puerta hicieron las veces de despertador. Respondí con un “adelante” desgarbado y apenas perceptible. Sentí mi cuerpo temblar completamente aterido mientras regresaba a la cruel realidad de una vida hecha harapos aún antes de haber sido vivida.

–Hola Alonso, hijo. ¿Cómo estás? –Una comadrona a punto de jubilarse asomó la cabeza; una señora siempre bien peinada, de voz suave y serena. Según me dijeron años después, Andrea fue la primera persona que yo vi en el mundo. La misma que me ayudara a nacer, hoy me echaba una mano para no morir.

–Hola Andrea. Imagínate... –dije aún sentado en el sofá, con la manta en las rodillas, una mano en la frente y la otra señalando las cortinas aún veladas.

–Te traigo un café caliente. Debes comer algo; aún está en la mesa lo que debías haber tomado anoche. Hay que cuidarse, no hay más remedio, Alonso. Tienes tiempo de ir a casa a cambiarte antes de que comiencen a llegar personas. Será un día muy duro aunque vas a hacerlo muy bien, ya verás.

–Gracias Andrea; no sé si podré. Tengo que intentarlo, ¿no? –balbucí mientras trataba de sonreír levemente, en un vano ademán por parecer tranquilo.

A los pocos minutos, aún de noche, salí a la calle en busca del coche aparcado días antes en un garaje para ambulancias en el que nos prestaron una plaza. Recuerdo que sentí mucho frío, tal vez más del que realmente hacía, quizá producto de mi destemplanza. Caminé cabizbajo y lento por una acera sin más tránsito que el de una mujer acompañada por su perro y algunas farolas, no sé cuántas, pero eso da lo mismo.

Nuestra casa no está lejos del hospital. Al verme llegar, el conserje, que ya fregaba el portal, supuso que todo había terminado. El día en que partimos camino del último ingreso de mi padre, nos hicimos un gesto pesimista y cómplice que hoy resultaba ser cierto. No hizo falta decir nada; Joaquín lloraba mientras retorció con fuerza –acaso con rabia–, el palo de la fregona para escurrir el agua sobrante y pasarla por el suelo ya húmedo. Ése fue su modo de mostrar el duelo por un vecino muy querido, casi un compañero para él.

Tomé el ascensor situado de frente, al fondo, a pocos metros de la entrada. Yo también lloraba, pero no tan intensamente, como además convertido en costumbre, como si todas las lágrimas que debían brotar hubiesen decidido organizarse para ir naciendo sin solución de continuidad.

Paré en el quinto piso y abrí la puerta de la izquierda, la señalada con la letra “A”. Allí lejos podía verse el salón, levemente iluminado por las luces de la calle y por la que yo mismo había encendido en el rellano. En el centro, una silla vacía esperaba al enfermo al que sostuvo los últimos meses en los que no podía sentarse en otra parte que no fuera una superficie dura y ligeramente elevada. Me quedé quieto ante ella durante unos minutos; no recuerdo siquiera haber cerrado la puerta tras de mí. Aquellas paredes aún guardaban nuestras últimas conversaciones:

–Ayúdame hijo, el médico me ha dicho que pasee pero la lumbalgia no me deja en paz. En cuanto cese, el resto del tratamiento no será nada.

–Vamos padre, deja que te coja por las axilas. Tú no hagas fuerza y, cuando estés arriba, me doy la vuelta, te apoyas en mis hombros y recorreremos el pasillo. Hoy hay que aguantar dos vueltas.

–Dos vueltas, eso es lo que yo querría, dos vueltas...
–decía él mirando hacia arriba, con aquellas pupilas que en los últimos días expresaban muchos más sentimientos que sus labios.

–¡Joder papá! ¡Yo creía que valías para algo! –repetía yo del mismo modo que me decía él cuando yo era aún un niño y algo pasaba.

–Vamos. Déjate de rollos y a lo que estás.

Aquellos últimos paseos casi póstumos a lo largo del estrecho corredor de la casa, jalonado por los tres dormitorios, transcurrieron en sigilo casi pleno. A mí los doctores me habían dicho que la cosa era cuestión de pocos meses pero que debía guardar el secreto porque si mi padre, con su forma de ser, llegaba a sospechar algo, se dejaría ir sin luchar y en unos pocos días le habría perdido. Hoy sé que él, mucho más inteligente que todos, guardaba las apariencias para no hacerme sufrir, para ayudarme en la digestión del último trago, el más amargo de todos.

Pasado tiempo bastante, sé que los dos hicimos mal. Mirando las mismas paredes de siempre, creo que nos dejamos esas últimas charlas en el tintero y sé que ya nunca podremos tenerlas, al menos del mismo modo. Ahora, huérfano del todo y solo en el mundo, cuando oigo a padres e hijos que discuten, sé que pierden un tiempo que algún día jamás volverá, y querría decirselo si albergara alguna esperanza de que me escuchasen, sumidos en esas cosas de cada día que no importan en absoluto pero que nos roban los preciosos minutos que según se van, ya no vuelven.

–Guarda la enciclopedia en su sitio. Te lo he dicho cien veces. ¿Tanto tienes que hacer? –me decía él.

–Así lees y te entretienes –contestaba yo con mi acostumbrada torpeza, mientras me percataba de que tal vez él la había usado para conocer más sobre su diagnóstico.

–Lo que tenía que saber ya lo sé. Esto tiene poco apañó, pero no pasa nada. Mi vida ya está hecha.

En ese preciso instante, creí percibir una inconmensurable sensación de serenidad en el rostro de mi padre. Si había curioseado sobre lo que los médicos me decían a mí, no era como para relajarse, la verdad. El mesotelioma es un tipo poco común de cáncer que se suele desarrollar en la pleura, el revestimiento exterior de los pulmones y la pared torácica interna y que, a pesar de los actuales tratamientos, tiene un mal pronóstico.

–No pongas esa cara, que eso de morir se no es para tanto; lo importante es saber hacerlo. No tengo mucha experiencia, nunca me he muerto, pero sabré intentarlo –dijo con el menos gracioso de los sentidos del humor que yo conocía.

–Bueno vale, aquí no se va a morir nadie, esto de estar de baja te está trastornando –comenté yo sin mucho convencimiento.

–Verás hijo; lo que pone ahí es que tengo una enfermedad producida por haber trabajado años en contacto con un material llamado amianto. Cuando terminé “la mili”, no tenía empleo y me ofrecieron cargar camiones de uralita; lo hice durante tres años y aquí tienes las consecuencias. Lo que no pone en el libro es que con ese dinero tu madre y yo paseábamos, y yo la invitaba a merendar donde más le gustaba, y de ahí viniste tú... –dijo mientras mostraba al mundo una de sus últimas sonrisas pícaras de hombre feliz.

–Sabes que durante años fumé mucho Alonso. Sin embargo, y a diferencia del cáncer de pulmón, lo mío parece que no tiene relación con el tabaco; ésa es la diferencia que tiene verdadera trascendencia.

No supe qué quería decir. ¡Qué más da morir de una cosa de que de otra, si palmar, iba a palmar de todas, todas!

—Algún día, (esperemos que sea muy tarde), te encontrarás en una situación como la mía. En ese momento no será tan importante lo que te ocurra, como las causas que la hayan producido. Hijo mío, vivir consiste en aprender a morir, y eso creo que lo he conseguido; de chiripa, pero lo he logrado.

»Trata de ser feliz y, a pesar de lo que dicen, procura que tu mano izquierda pueda saber siempre lo que hace la derecha, sin nada que temer, sin nada que esconder. La mirada siempre al frente tras la obra bien hecha; eso es lo que salva, independientemente de si te equivocas, que es lo de menos.

Abrí la puerta del armario de mi padre. Cogí un traje negro, una corbata del mismo color, una camisa blanca y sus zapatos nuevos. Usábamos la misma talla y quería despedirle vestido con su atuendo. Miré el resto de la ropa colgada y abrí algunos cajones de forma inconsciente. Todo lo que había sido de mi padre ahora me pertenecía. Todo, sin embargo, era muy poco. Unas cuantas camisas, dos o tres jerséis, alguna chaqueta, un abrigo y cuatro o cinco uniformes de trabajo. Aquel armario era el reflejo más fiel de lo que fue su vida; unos días que llenó de felicidad con muy poca cosa, un ejemplo de que no hace falta casi nada para dar mucho y ofrecer al mundo un mensaje mayor del que jamás podré describir con las palabras que ahora escribo.

Al poco rato regresé al tanatorio del hospital, desde donde hice unas cuantas llamadas a los familiares y amigos de mayor confianza, a quienes solicité que fuesen ellos los que corriesen la voz. No quería malgastar los minutos que nos quedaban a solas hablando con otra gente. Repasé si todo estaba organizado para el día siguiente y di instrucciones de que nos echasen a eso de las ocho de la tarde.

Poco a poco, la pequeña sala se llenó según lo previsto. Las cortinas habían sido abiertas, y algunas coronas de flo-

res, festoneadas con los típicos mensajes de cariño, completaban el espacio ocupado por el cuerpo que había habitado mi padre durante unas cuantas décadas. La fotografía que encargué la noche anterior servía de consuelo a todos aquellos que se asomaban para ver por última vez a aquel hombre, hallando a cambio una tapa cerrada según mi deseo.

Resulta sorprendente cómo vuelan las noticias de unos a otros y cómo, en unas pocas horas, todos aquellos que debían conocer el triste suceso, iban haciendo acto de presencia. Departí con unos y con otros como pude y mostré todo el interés posible por cada conversación que oía y que no escuchaba en absoluto. Por algunos instantes –tal vez de tanto desearlo–, sentí que realmente no me encontraba en aquel lugar; creí haberme marchado con mi padre y eso me consolaba.

A punto de llegar la hora señalada para terminar la jornada, la vida me aguardaba con otro estremecedor mensaje bajo el brazo, como si no hubiera tenido ya bastante. De pronto, en los pasillos ya vacíos, un celador asomó presto portando en el centro de una enorme camilla metálica, una pequeña cajita blanca en cuyo interior debía yacer alguien que jamás pidió haber nacido, alguien que jamás mereció haber sufrido, alguien que tal vez acogiese en su ser la voz de la alondra que el coro de su colegio tanto añora, que tal vez llevase en su alma un pincel capaz de cromar las más bellas siluetas, que quizá pudiese esculpir palabras de tal calado sobre un papel que las generaciones futuras hubieran recordado por tiempo inmemorial. Un alma tan blanca como la cabaña que le acababa de ser entregada a modo de juguete por todo premio a su proyecto de hombre sin más.

¿Por qué los niños deben morir? ¿Por qué alguien permite que eso ocurra? Por segunda vez en unas cuantas horas, sentí un miedo aterrador. En ese momento supe que podía amar tanto a un niño desconocido como a mi padre; en aquel preciso instante supe que quería por igual a todos los niños

del mundo. Miré hacia abajo y apreté los puños hasta hacer temblar mi cuerpo entero; cerré fuerte los ojos y sentí en mis entrañas todo el dolor del mundo; sobre mis hombros se apoyaba toda la injusticia inmisericorde y vana de cada incomprendible y cotidiano óbito.

Acaso, una vez muerto yo también, el dolor desaparecería y el consuelo sería capaz de dignarse a asomar su ansiada presencia, mas ni siquiera podía permitirme fallecer antes de dejar atrás el fracaso que dibujaba mi vida, si es que eso era aún posible. En aquel momento tan sólo constituía otro motivo más para justificar el pavor que acotaba mi respiración hasta el extremo. Ante la estampa de aquel infante supe que ni siquiera tenía derecho a llorar y que tal vez debiera sentirme afortunado después de todo.

* * *

No conseguí dormir en toda la noche. Me puse el pijama y me introduje entre las arrugadas sábanas, pero no hubo forma. Los minutos transcurrían despaciosamente, señalados uno a uno en el despertador negro de manillas blancas y segundero amarillo que me acompaña desde hace años. Olvidé bajar la persiana pero no fui capaz de reunir fuerzas bastantes para levantarme a cerrarla, así que la luz de la farola que llegaba hasta un piso más abajo alumbraba tenuemente la alcoba.

A la derecha, bajo la ventana, un viejo radiador echaba de menos la mano de Pablo, que cada noche cerraba la entrada de calor para que yo respirase mejor. Al frente, el armario contenía mi ropa, toda adquirida a mi gusto con el trabajo de él. A la izquierda, la mesa de estudio se abrigaba con la carpeta de cuero marrón en la que Pablo me enseñó a escribir con mimo. Delante, la silla verde con ruedas había pertenecido a

una oficina en desuso y él la había recogido en mi provecho. La lámpara, las cortinas, los cuadros, el Cristo Yacente que me miraba desde lo alto del cabecero, la alfombra, una pequeña estantería con libros... todo tenía que ver con el hombre que tanto echaba ya de menos.

Aún de noche me dispuse a afeitarme, me embutí cuidadosamente en la ropa bien planchada y salí con un abrigo azul marino sobre el brazo izquierdo. No sabía si me haría falta; si hubiera dependido de mí habría salido a cuerpo, pero aquel día no llevaría la contraria a mi padre no fuese a ser que me estuviera viendo desde el otro mundo, pensé con una mezcla de sorna y desencanto.

De regreso al hospital, tres señores vestidos de gris esperaban con la puerta del maletón del coche fúnebre abierta de par el par. Me dieron la mano muy amablemente con aspecto compungido, gesto que honra sin duda a quienes lo hacen varias veces al día, de forma que no se notó que segundos antes conversaban sobre la casa del pueblo, la carrera de la hija o la enfermedad de no sé qué conocido común.

No sabía qué debía hacer, así que le pregunté a uno de ellos, quien me dijo que debía pasar de nuevo a la sala de duelos a “comprobar y firmar”. En la puerta, otro empleado de la funeraria que aguardaba con un papel colocado sobre una carpeta negra, me apretó a su vez la mano, me introdujo en el cuarto y me explicó que debía certificar que la persona que yacía junto a ambos era realmente mi padre.

Quise pasar unos momentos a solas con él, en silencio. Miré por última vez su rostro y traté de recordar algo que sirviese de rezo sin lograrlo del todo. Por segunda vez sentí que allí no había nadie. El rostro yerto, profanado por un maquillaje que le hacía muy poca justicia, parecía de cera. Los labios, sellados para siempre, nunca tuvieron esa forma; el pelo, otrora bien peinado hacia atrás, lucía un ridículo aspecto capaz de haber resucitado al más pintado.

Miré hacia arriba sonriendo, guiñe un ojo, y susurré:

—Estos elementos parece que no te hubieran visto en vida. ¡Menuda chapuza te han hecho! Si fueras tú les echarías una bronca de muy padre y señor mío, pero ya me conoces, yo no soy capaz; a mí me dan lo mismo estas chorradas. Ahora quieren que firme un papelujo que vete tú a saber dónde acabará para salvarles el culo si se equivocan de bicho. ¡Pero cómo voy a firmar, si no te reconozco...! Descansa de una vez, padre, ya eres libre de tanta sandez.

Sentí de veras que mi padre me miraba desde unos centímetros más arriba. Intuí que se reía como siempre lo hizo; los ojos verdes entreverados con unas profundas arrugas en la frente, la nariz que ascendía mientras la boca se hacía más y más grande; la cara roja por el placentero esfuerzo. Una risa que brotaba a borbotones, detenida tan sólo por una tos postrera que, a modo de freno, devolvía a aquel hombre su rubicundo ser.

Abandoné el cuartucho con una mezcla de arrepentimiento por el humor negro que me invadía a modo de sacrilegio póstumo y una sensación de paz difícilmente explicable. ¡Mira que si es verdad eso de que nadie muere y que podemos conversar con ellos si nos lo proponemos en serio! ¡Mira que si yo pudiera hablar con mi padre en el futuro y me siguiera ayudando como siempre lo hizo, pero ahora en secreto, sin que nadie lo sepa...!

Sea como fuere, decidí que jugar a mantener conversaciones imaginarias con mi padre sería la mejor manera de pasar el trance, de tal modo que así discurrió el viaje en coche, en dos coches, hasta Cáceres, su ciudad y la mía, en la que su cuerpo reposaría por siempre. Detrás nos seguía el resto de una caravana que, la verdad, me importaba bien poco.

Salir de Madrid fue lo de siempre en hora punta. Un atasco más o menos soportable como de costumbre. Puse la radio pero la apagué enseguida. Ante mí, un Mercedes gris

marengo nuevo lleno de coronas y ramos de flores, servía de vehículo oficial del chófer que aquella mañana ocupaba la parte trasera por primera y última vez. Detrás, inmediatamente detrás, yo conducía otro Mercedes del mismo modelo pero con casi treinta años de antigüedad y un color mucho más claro, que mi padre se quedó después de usarlo cinco años en el trabajo. Ambos igual de limpios, ambos relucientes, marchamos camino de Extremadura.

–Mira que somos horteras. Para ser discretos, como a ti te gusta, pasearse por la ciudad en dos Mercedes, como los toreros de antes, es como poco lamentable. La verdad es que siempre te gustaron estos coches, así que me alegro de que te den el último paseíto en Mercedes, pero ¡hay que joderse de lo cutres que somos!

–Si me puedes hacer el favor, habla bien. No sé cuándo oíste a tu padre decir tacos. Si te sientes mejor así, por hoy vale, pero ya sabes que hablar mal no es condición necesaria para que te entiendan. Vaya mañanita llevas.

–No me vas a dejar en paz ni muerto, así que mejor que me vaya acostumbrando. ¿Vas cómodo o ya le estás poniendo también alguna pega al señor que te lleva?

–No conduce muy allá, pero tú tampoco lo haces. Me vais a dar un viajecito de aúpa, así que mejor me relajo, ahora que puedo hacerlo si me viene en gana.

–Eso sí; relájate un rato o todo el tiempo; relájate, relájate, relájate...

Pronuncié estas palabras en voz alta y regresé sin quererlo a la realidad que, cruel e inmisericorde, me devolvió un silencio atroz turbado tan sólo por el monótono ruido del motor, enjugado de nuevo por unas lágrimas que asomaban levemente, esquivas a recorrer mis mejillas, hasta dificultarme la vista.

Abandonamos la carretera N-V a la altura de Trujillo. Allí tomamos una nueva pista que evita la entrada en el pue-

blo, muy a pesar de las torres albarranas del castillo que ya sólo pasan revista al viajero a distancia, hoy tornadas reverencia para el hombre que tanto las quiso y que mucho habló a su hijo arquitecto sobre sus sillares, romanos antes que árabes, sobre su patio de armas y su albacara. Lugar altanero y refugio de tesoros, como el de la Corona en tiempos de Pedro I, y aguardo de Juana “la Beltraneja” en su disputa con la reina Isabel I que ganó la trifulca y provocó su huida hacia el amor de Alfonso V de Portugal materializado en boda celebrada en la cercana Plasencia.

Se queda el castillo y nos vamos nosotros, como yace quieta la dehesa a nuestro paso postrero. Cada encina nos mira, cada res levanta el gesto y cesa por un momento la búsqueda de algún alimento en el suelo, ya húmedo, pero aún dorado de septiembre. Montanera y ramoneo se perpetúan, las encinas sobreviven a cada estación, a cada poda, pero nosotros nos vamos como lo hace el Tajo por esta tierra de conquista que nos ve llegar y marchar y contempla todo con la misma calma.

Una fina lluvia, algarazo de cuando en cuando, provocó un arrítmico crepitar de gotas en la luna delantera. El cielo encapotado también lloraba a Pablo. Unos cuantos kilómetros después adelanté al coche fúnebre a la vez que hacía al conductor una señal para que me siguiese. Íbamos con tiempo y no quería entrar en la ciudad por la carretera principal, de modo que nos desviamos a la altura de Sierra de Fuentes, lo atravesamos ante la mirada curiosa de algún que otro lugareño, y tomamos a la derecha la carretera de Medellín, todo ello para bordear la Sierrilla de la Mosca que, junto a Cáceres, es coronada por la ermita de su Virgen de la Montaña.

Y allí nos dirigimos, no sin antes pasar por casa, por una pequeña casa de campo situada a la entrada de la capital, junto a una cantera que la ambición del hombre no es capaz de borrar de la faz de la tierra. Allí jugaba yo de chico, allí nos

saludaron las mimosas, los chopos viejos, el huerto yermo en el que aún dos matas de cardo y una borraja se resistían a sucumbir. Nos miraron dos perros, uno menudo pero muy listo, otro algo más desgarbado, y los saludamos despacio, muy despacio, aminorada la marcha y elevado el recuerdo de tantos y tantos momentos, barbacoas, partidas de cartas, griterío en la piscina a mediodía y croar de ranas en cada anochecida de cada jornada de cada estío.

Al poco, cruzamos los restos del Puente Romano, más viejos pero no menos queridos, pasamos las calles Mira al Río y Fuente Rocha, y tomamos a la derecha la Fuente del Concejo arriba a poco de convertirse en la carretera de la Montaña, mientras contemplaba por el espejo retrovisor que asoma allá atrás la judería, las murallas y algún que otro palacio, antes insigne y hoy parte del casco antiguo de esta maravillosa ciudad. Ya siempre arriba, casi hasta el cielo en el que habita la Virgen de la Montaña, volviendo la vista a la pequeña ermita de San Antonio que mi padre tanto quiso; arriba entre riscos y curvas de herradura que recorrimos despaciosamente.

La pequeña explanada que hace las veces de aparcamiento rebosaba vehículos y la entrada quedaba casi cegada por las personas que esperaban la llegada de Pablo. Quise tragar saliva sin encontrarla; fue el momento más emocionante y no pude evitar venirme abajo. El silencio roto tan sólo por el viento recio y la tapa del maletero que se abría era insoportable. Leves comentarios en voz baja acudían a mis oídos mientras me encaminaba directo al interior de la ermita.

Nunca fui yo de mucho rezo, pero en la bancada delante, ante el retablo churrigueresco, contraste del sencillo edificio, hogar de la patrona de Cáceres que tantos años atrás trajera hasta aquí el anacoreta Francisco de Paniagua, encontré un poco de paz. No recuerdo nada de lo que dijo el cura; creo que no presté atención en absoluto hasta que fui bruscamente

traído de nuevo al mundo de los vivos por un aplauso intenso e interminable en honor a mi padre.

–La que estás liando chaval. Menos mal que querías una despedida humilde. Hay más gente fuera que dentro. No han cabido ni la mitad. Acuden de todas partes, de aquí, de Madrid, de los más diversos pagos de España... La verdad es que me alegro por ti, lástima que no lo veas.

–Eso de que no lo veo lo dices tú, Alonso. Yo soy el viento, soy el sol, yo soy todo y veo todo, aunque no con vuestros ojos. De todas formas, este homenaje no es por mí, sino por una forma de ser, por un modo de estar en el mundo que los demás agradecen y premian. La vocación de servicio, cuando es sincera, es bien valorada. Anda, bajad mi cuerpo al crematorio cuanto antes, ya no me sirve de nada y a ti tampoco.

A las pocas horas, aún antes del almuerzo, regresé a la misma cima, ya vacía, con una urna de madera color nogal ribeteada y con forma de un antiguo trono egipcio en miniatura asido con cuidado entre ambas manos. Me apoyé en la tapia de piedra caliza y dirigí mi mirada al horizonte. Allá al fondo, un tímido rayo de sol logró asomar entre las nubes. Me quedé mirando un rato; no sé cuánto.

De pronto, muy despacio, levanté la tapa, la giré poco a poco e incliné las cenizas para dejarlas en el lugar que mi padre tanto añoraba. Cuando estaban a punto de salir, un fuerte golpe de viento hizo que me estremeciese, di un pequeño paso hacia atrás para no caer, mantuve extendidos los brazos, y contemplé cómo mi padre se marchaba lejos. Fue tan sólo un instante en el que el polvo en que se había convertido voló hacia arriba y luego se deshizo desmembrado, parte ya del viento extremeño que me esforzaba por respirar entre sollozos.

Me quedé quieto, muy quieto. Estaba aterido de frío, mucho más de lo que sería habitual para esa época del año.

Metí la mano en el bolsillo de la chaqueta y saqué un ejemplar de *Sincrodestino*, de Deepak Chopra, que a menudo llevo conmigo. Lo abrí por la página que contiene un anónimo indio americano y leí en voz alta:

No vayas a mi tumba y llores,

pues no estoy ahí.

Yo no duermo.

Soy un millar de vientos que soplan,

el brillo de un diamante en la nieve,

la luz del sol sobre el grano maduro,

la suave lluvia de verano.

En el silencio delicado del amanecer,

soy un ave rápida en vuelo.

No vayas a mi tumba y llores,

no estoy ahí,

yo no morí.

—Tu padre estaría muy orgulloso de ti. Lo has hecho muy bien Alonso.

Giré la cabeza asustado y con vergüenza; no quería que nadie me oyese hablar con mi padre, despidiéndome de él para siempre.

—¡Don Javier! ¿Qué hace usted aquí?

—Quería conocer más despacio este lugar. Tu padre me habló tantas veces de él... Decía que aquí se sentía en paz, y no me extraña. Ha sido una sorpresa encontrarte. Siento mucho si he perturbado tu intimidad.

—No, no; no se preocupe. Sólo quería arrojar aquí sus cenizas; me lo pidió hace unos días.

—¿Qué tienes que hacer el lunes Alonso?

—No lo sé, no lo había pensado; el ajetreo de estos últimos días... la verdad es que no tengo planes —dije agachando

la cabeza avergonzado ante el triste futuro que creía tener por delante.

–Ven a verme a las diez. Charlaremos tranquilamente. Va a ser muy difícil sustituir a tu padre; fue mi chófer durante cuarenta años y eso no se arregla en un día. Allí tienes unas cuantas cosas que recoger; seguro que te viene bien.